

Los hermafroditas. Medicina e identidad sexual en España, 1850-1960

FRANCISCO VÁZQUEZ GARCÍA y RICHARD CLEMINSON

Comares Historia, Granada, 2012, 262 pp. ISBN 978-84-9836-908-3

Desde la antigüedad, el hermafrodita ha excitado la imaginación científica y literaria del mundo occidental. Su imagen, que trastocaba las normas de género y sexuales establecidas, que hacía borrosa la distinción entre hombre y mujer, fue analizada con interés en las Academias médicas o expuesta como espectáculo en las ferias y plazas de las aldeas. Pero esa misma fascinación científica y popular lo hicieron también visible a las instituciones de control, relegando en ocasiones al hermafrodita en el espacio anómalo del pecado, del vicio, la perversión, o el más moderno y científico de la intersexualidad. El hermafroditismo estuvo conectado con la sodomía y más tarde con la homosexualidad y otras «desviaciones» de género y sexuales.

El detallado análisis histórico de los profesores Vázquez y Cleminson sobre la construcción del discurso médico-legal sobre el hermafroditismo en España, previamente publicado en inglés [University of Wales Press, Cardiff, 2009], cubre un amplio periodo: desde la primera asociación del hermafrodita con lo maravilloso o lo monstruoso, o la negación de su existencia a finales del siglo XIX, a la aparición de la figura del transexual en los años 60. Esta obra, que creemos constituirá una referencia esencial en la historia del discurso científico sobre los hermafroditas en nuestro país, contribuye además a paliar la escasez de trabajos en este campo de investigación. El profesor Francisco Vázquez García, catedrático de filosofía de la Universidad de Cádiz, y el hispanista Richard Cleminson, de la Universidad de Leeds, ya han colaborado en publicaciones recientes tan relevantes como *Los Invisibles*, una historia de la homosexualidad masculina en nuestro país (publicada en 2007, en la Universidad de Gales y editada en su versión castellana por la editorial granadina Comares).

Este nuevo libro supone, como reconocen sus autores, un desafío: la dificultad de escribir históricamente sobre una figura cambiante a lo largo del tiempo, que ha soportado una importante inconsistencia terminológica, y sobre la que coexistieron planteamientos diversos en determinadas etapas históricas. Pero en el haber de esta investigación podemos señalar, entre otros aspectos, el permitirnos poner en relación la evolución de la «ciencia del hermafroditismo» con los cambios políticos y sociales de la España contemporánea (con las variables posiciones sociales de los sexos), así como realizar un examen comparativo del desarrollo de la ciencia de los hermafroditas en otros países europeos.

En *Los hermafroditas* se analizan los estudios de caso reproducidos en las revistas médicas españolas, en los tratados y los libros médicos de texto que estudiaron esta supuesta «anomalía». En este proceso, los especialistas, intentando escrutar científicamente

camente el «sexo verdadero» en los cuerpos, buscaron monopolizar la definición de la identidad sexual, reproduciendo en muchas ocasiones los prejuicios culturales y sociales de su época. Pero en las páginas de *Los hermafroditas*, observamos no solo el discurso experto, sino también el rastro de esas «vidas infames», «anómalas», extrañas, atrapadas en las redes médico-legales del poder, aunque también capaces de oponer sus propias percepciones y resistencias. Es en este punto en el que echamos de menos un mayor desarrollo, y del que, a pesar del difícil acceso a las fuentes documentales en nuestro país, esperamos futuras investigaciones. Pues esta es probablemente la virtud de los buenos libros, el de estimular nuevas preguntas, el dejarnos con ganas de saber más sobre lo que allí se cuenta.

La esquivada imagen del hermafrodita abrió numerosos interrogantes: ¿Un ser humano completo, perfecto? ¿Un ser degenerado o anormal? ¿Un reflejo de la omnipotencia divina y un signo de redención? ¿O un ejemplo de lo sobrenatural maléfico? La asociación del hermafroditismo con lo maravilloso o monstruoso empezó a declinar a comienzos del siglo XVII, desplazada por los relatos anatómicos y biológicos. El hermafroditismo se convirtió en una anomalía que jueces y médicos debían estudiar, desarrollando taxonomías, métodos y técnicas de diagnóstico. Había que asignar un sexo en exclusiva que posibilitara su ingreso en la vida civil (pues su elección afectaba a aspectos como la legislación familiar y el reclutamiento militar). El hermafroditismo pasó, como muestran Vázquez y Cleminson, de la matriz teológica a la biopolítica, del viejo orden trascendente al ámbito de la regulación social. Pero a pesar de la evolución de los marcos científicos conceptuales que intentaban explicar el hermafroditismo, se mantuvo como incuestionable el dimorfismo sexual y el imperativo de «un cuerpo, un sexo». Los científicos buscaron la identidad sexual de los hermafroditas en los genitales, el comportamiento, las gónadas, las hormonas o los cromosomas, pero siempre bajo el esquema de los dos sexos. Además, a pesar de estos nuevos desarrollos, se siguieron aplicando los viejos conceptos y vocablos, lo que condujo a una fuerte inconsistencia terminológica en este campo. Así, según Vázquez y Cleminson, el vocablo hermafroditismo persistió pese a la negación de su existencia a finales del siglo XIX, en el que cirujanos y ginecólogos crearon posiciones intermedias como las hipospadias o el pseudo-hermafroditismo.

En el recorrido histórico por el que nos acompaña este libro, es muy interesante el periodo del primer tercio del siglo XX, especialmente en los años 20, en los que el desafío del feminismo, los nuevos roles de la mujer y la pujanza del «tercer sexo» produjeron, entre otras respuestas, la apertura a la androginia, la ambigüedad y la homosexualidad. Otra posición, defensora de la «modernización del sexo», fue la que representó el doctor Gregorio Marañón, destacada e influyente figura de su época, que definía el hermafroditismo —dentro de un planteamiento evolucionista y biológico— como una forma extrema de intersexualidad, un rasgo atávico o primitivo. Este modelo biológico se endureció en la posguerra, asociando el hermafroditismo con la perversión y la conducta criminal, reafirmando las diferencias entre los

sexos, en una estrategia de justificación científica de los objetivos pronatalistas del Estado y de las perspectivas dogmáticas de la Iglesia católica. No obstante, en los años 50, con el auge de la psicología de la adaptación al medio social, la identidad sexual empezó a depender especialmente de los factores psicosociales. Para ello se aliará con la tecnología quirúrgica para intentar adaptar el cuerpo al «género» de su portador, moldeando el cuerpo en la mesa de operaciones según la apariencia sexual que el individuo hubiera aprendido. Es así como, según señalan Vázquez y Cleminson, «la obsesión por escrutar en el organismo los signos del *verdadero sexo* fue sustituida por un nuevo encarnizamiento centrado esta vez en la tecnología quirúrgica, empeñado en confeccionar una fachada sexual socialmente aceptable, esto es, de valencia única, masculina o femenina».

El hermafroditismo, como se refleja en las páginas de este libro, puede servir como contraste para ayudarnos a comprender la forma en que cada época y sociedad afrontaban el modelado de la identidad sexual de los individuos. Pero también lanza una mirada al presente, pues este estudio genealógico sobre la figura del hermafrodita nos permite observar, en su despliegue, la pervivencia de viejos enfoques y conceptos sobre la intersexualidad en los actuales discursos expertos; algo que en ocasiones sigue conduciendo al dictado de arbitrarias resoluciones médicas o legales frente a casos de individuos de «sexo indefinido». Todavía en nuestros días, como refleja la Ley de Identidad de género de 2007, la intersexualidad se asocia con una patología, pues la ley exige un diagnóstico psiquiátrico de «disforia de género» para poder cambiar los nombres y el sexo en los documentos oficiales de las personas afectadas. Vázquez y Cleminson hacen referencia en su libro del caso de un bebé de Cádiz (2007), de sexo indeterminado, al que los especialistas del Departamento de Neonatología del hospital en el que permanecía ingresado pretendían aplicar la cirugía de reasignación del «sexo predominante», a pesar de ser esta una práctica que intelectual y terapéuticamente ha sido ampliamente desautorizada. El libro que reseñamos es también, en este sentido, una importante contribución y estímulo a la movilización política iniciada en los años 90 contra la reasignación sexual aplicada a niños intersexuales.

José Benito Seoane Cegarra